

Ruta Pacífica de las Mujeres en el Chocó

Un camino de agua, tierra, selva y mar



Investigación y compilación

Natalia Quiceno Toro, Adriana Marcela Villamizar Gelves, Andrea García Becerra, Ana María Henao Buitrago, Isabel González Arango, Camila Salamandra Arriaga.

Fotografía

Federico Ruiz - <http://federicoruiz.com>, Adriana Marcela Villamizar, Natalia Quiceno Toro, César Romero - @cesar.com, Germán Arango “Luckas Perro”.

Corrección de estilo

Miguel Botero

Diseño y diagramación

Alicia Reyes Londoño
Valentina Neira Yepez

Con apoyo

Universidad de Antioquia, Fondo Primer Proyecto CODI Vicerrectoría de Investigación, Vicerrectoría de Extensión (Buppe Innovación Social), Unidad de Innovación, Instituto de Estudios Regionales, Grupo Cultura, Violencia y Territorio, Pontificia Universidad Javeriana, Artesanías Choibá, Artesanías Guayacán, Seglares Claretianas Medio Atrato, Red Departamental de Mujeres Chocoanas, Ruta Pacífica de las Mujeres Chocó, COCOMACIA, Cantadoras de Bojayá, Pastoral Social Diócesis de Quibdó, Fundación Universidad de Antioquia.

ISBN

Impreso: 978-958-5596-07-8

Digital: 978-958-5596-08-5

Impresión

Impregón, <https://impregon.com/>

2019

www.iner.udea.edu.co



Presentación

“ Las mujeres negras han estado siempre presentes en las luchas por la liberación y por la dignidad de los pueblos afrodescendientes en las Américas. Su papel activo en las reivindicaciones afrodiaspóricas se ha reconocido algunas veces, mientras que otras se ha invisibilizado e incluso negado. En Colombia es necesario reconocer los múltiples aportes económicos, políticos y culturales que han hecho y hacen las mujeres negras a la imaginación y construcción de la vida y nuevos mundos. Esfuerzos por reconocer y teorizar estas prácticas son evidentes en los trabajos de Mara Viveros, Juana Camacho, Nina de Friedeman, Aurora Vergara, Betty Ruth Lozano, Paula Balduino, Libia Grueso, Doris Lamus, Charo Mina, Natalia Santiesteban y un creciente número de mujeres negras lideresas, parteras, científicas, intelectuales e investigadoras que han expandido estas preguntas en diversas regiones del país y campos de la ciencia.

Estas historias son el resultado del proyecto *Caminos y cantos de lucha: trayectorias de mujeres Atrateñas* desarrollado desde el grupo de investigación Cultura, Violencia y Territorio del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia en alianza con la Universidad Javeriana de Bogotá y varios colectivos de mujeres en el Atrato: Artesanías Choibá, La Red departamental de Mujeres Chocoanas, La Ruta Pacífica de las Mujeres Chocó, Las Seglars Claretianas en la ciudad de Quibdó, y Artesanías Guayacán y el grupo de Cantadoras de alabados en el Municipio de Bojayá. El proyecto fue financiado por el Comité para el desarrollo de la investigación de la Universidad de Antioquia CODI desde el fondo apoyo a primer proyecto.

La propuesta central de este proyecto fue recopilar voces y recorridos de las mujeres Atrateñas para reconocer las formas y oficios desde los cuales se ha resistido a la guerra y otras violencias. En la reconstrucción de las trayectorias de los colectivos de mujeres en el Atrato se hacen evidentes las formas como los procesos de transmisión de saberes ancestrales tienen hoy continuidad más allá de los territorios de procedencia y se actualizan articulados a las luchas cotidianas.

Las Atrateñas crean constantemente nuevos planos temporales y espaciales de resistencia desde el canto, la organización, la defensa del territorio, el cuidado, el trabajo con la familia, el trabajo textil y la cocina. Sus múltiples posiciones para resistir a la guerra, al machismo a la explotación laboral, al sexismo, entre otros modos de opresión, nos interesaron como claves de lectura. Diversos modelos de organización y articulación aparecieron como alternativas para hacer visible el trabajo colectivo y la experiencia de las mujeres en este territorio.

Colectivos de artesanas, comisiones al interior de las organizaciones étnico territoriales, redes, comités y plataformas hacen las veces de arquitecturas para acoger y crear nuevos espacios donde las mujeres imaginan alternativas para la vida en medio de condiciones de precariedad y conflicto armado. Los caminos, ríos y lugares que se configuran en relación con las historias de estas mujeres son muy diversos, sin embargo, todas tienen en común un río, el Atrato.

Las trayectorias y movimientos de estos colectivos hablan de relaciones, pero no solo de relaciones con el espacio que se transita o los caminos que se recorren. Se trata de relaciones y trayectorias que hacen a las mujeres, configuran sus vidas, cuerpos y memorias. A su vez, esas relaciones crean lo que podríamos llamar “redes de cuidado” o redes de lucha. En el Atrato fue constante que una mujer nos llevara a otra, que de las organizaciones de víctimas o defensoras de derechos humanos pasáramos a un grupo de tejedoras y artesanas, a una mujer pescadora o una cantadora. Son redes que crecen a medida que los conflictos, despojos y amenazas en la región también crecen. Fueron muchas las mujeres que podríamos seguir contactando, conociendo y de las cuales podríamos seguir aprendiendo, pero tocaba parar, volver y hacer un zoom sobre algunas de estas historias para escuchar con atención lo que ellas nos enseñan.

En esta serie de cuadernos quisimos acercarnos a las historias de esos colectivos, pero a su vez privilegiar las voces de algunas de sus representantes, comprender cómo esas experiencias subjetivas se articulaban y hacían también los procesos organizativos. Sabemos bien que no todas están aquí retratadas, que faltan muchas historias por contar. Sabemos también que reconstruir las experiencias de las mujeres Atrateñas pasa por reconocer la diversidad étnica, el lugar de las mujeres indígenas y mestizas, sin embargo, este ejercicio constituye un primer acercamiento que evidencia la riqueza de sus trayectorias y lo poco que conocemos a las mujeres en el Atrato. Una motivación para continuar trabajando y, tal vez, seguir esta apuesta con nuevos colectivos, con mujeres jóvenes, mujeres indígenas y mestizas. ”

A la memoria de Marielle Franco por ser semilla de lucha de las mujeres negras en
Latinoamérica.

Cuando estábamos escribiendo estas pequeñas historias sobre las luchas cotidianas de las mujeres negras en el Atrato fue asesinada en un acto de terror y exterminio político la concejala de Río de Janeiro Marielle Franco, una mujer negra, feminista, socióloga de las favelas de Río, luchadora incansable contra el racismo y el orden biopolítico que autoriza el exterminio de la población negra. Ella, que optó con coraje por la vida pública, la política desde la primera fila, se negó a ser cómplice de la intervención militar decretada en la ciudad de Río de Janeiro a comienzos de 2018. Contra una vida militarizada luchó hasta que un arma, de ese gran aparato militar que es el Estado, acabó con la suya. Su legado está en cada mujer negra que sigue luchando por un territorio sin minas, un barrio sin tanquetas, un río sin bloqueos.

Y hoy, 2019, nos seguimos preguntando

Quem mandou matar Marielle?

La guerra anuncia su llegada con pasos estruendosos, las botas que portan los armados rompen todo cuanto se atraviesa en su camino. Pisan el verde y enciegan con los fogonazos de sus armas. De todo aquello que se ha roto con la guerra, están los cuerpos de las mujeres que han sido obligadas a abandonar sus tierras cargando con su miedo a cuestas y las familias que se quedan sin los hijos que son enviados al combate.

Después de muchas rabias y llantos, las mujeres decidieron desandar los pasos de la muerte, ir en contra del camino de los guerreros y caminar juntas. Los recorridos de las mujeres han ido por todo el país, en contra de una violencia que arrasa con todo cuanto se encuentra. Antes de empezar la travesía encuentran su palabra y sus vivencias, se hermanan en el dolor y en el infortunio de muchas, pero sacan una fuerza incalculable que las arrastra hacia nuevos caminos y les permite en el andar sumar a otras mujeres que tienen también un dolor atravesado en la garganta.

La Ruta Pacífica es un camino de agua, tierra, lodo y mar, ellas van al encuentro de otras con la palabra sembrada y dispuesta a alzar la voz. Han dicho basta a la guerra desde hace décadas, no quieren parir más hijos para perderlos desangrados, no quieren vivir con miedo, desean que su camino esté marcado por la propia libertad, poder asumir el ser mujeres en colectivo y que sus territorios estén en paz.



La Ruta Pacífica de las mujeres nace con la intención de unir a las mujeres en torno a la resistencia contra la violencia armada en Colombia y los efectos devastadores que ella ha dejado sobre los cuerpos, las familias y los territorios donde viven.

El camino de la Ruta Pacífica es un camino que atraviesa el país, hay nueve procesos regionales en Cauca, Valle del Cauca, Putumayo, Santander, Antioquia, Eje Cafetero, Bolívar, Bogotá y Chocó, donde las mujeres alzan su voz de protesta contra la militarización de la vida, que ejerce violencia contra sus cuerpos y las ha obligado a parir hijos que van a una guerra ajena.

Ser mujer negra en el Chocó, según lo narran las mujeres de la Ruta Pacífica, ha implicado el dolor de la guerra que han tenido que soportar sus ojos y tener que irse a otros territorios dejando parte de su vida atrás, también ha implicado un esfuerzo por no revivir el horror en pesadillas cuando avanza la noche.

Antes de empezar a caminar en esta ruta, muchas mujeres tuvieron que moverse de su tierra más amada, dejar a su familia, partieron sin querer de sus territorios para empezar a caminar las calles de Quibdó sintiéndose extrañas, en busca de una casa, un lugar para tener comida caliente y un refugio para sus hijos.

Pero cada una fue encontrando un lugar, las demás mujeres de La Ruta les hablaron y fueron construyendo su poder femenino, que implica pensarse en colectivo y pensar en cómo sus luchas defienden no solo sus cuerpos como un territorio, sino el espacio común como parte de su vida.





REGIONAL CHOCÓ

Con esta premisa, en 2015 las voces de las mujeres de La Ruta Pacífica se articularon para crear una agenda de paz de las mujeres del Chocó, una agenda que se adelanta a los discursos de la paz territorial y promueve desde los sentidos locales la preparación de las comunidades, los colectivos y los territorios para el fin del conflicto y la creación de condiciones para la paz.

A continuación, se encuentran las historias de cuatro mujeres luchadoras de La Ruta Pacífica en el departamento del Chocó: Claudia Palacios, la coordinadora regional, Teresa Casas, Juana Mosquera y Yaila Mena del Pino que narran cómo los caminos de cada una se tejieron con este colectivo de mujeres.

Claudia Palacios



Claudia es una líder en muchos espacios de su vida. La Ruta Pacífica es uno de ellos y actualmente se desempeña como su coordinadora en el departamento del Chocó, su tierra. Nacida en Quibdó pero con ancestros en el río Mungudó.

En medio de historias Claudia cuenta que la primera decisión que tomó con determinación fue seguir sus estudios, si bien no sabía qué era ser feminista, cuenta cómo luchaba con una idea transmitida generación tras generación, que hacía pensar que las mujeres que estudiaban no conseguían marido o que era innecesario que lo hicieran.

Claudia se casó muy joven y pese a la creencia de que las mujeres no debían educarse, fue obstinada en terminar sus estudios, pues su sueño era ser psicóloga. Por fortuna tuvo el apoyo de su familia, de una parte, estaba una tía, que la había apoyado en la idea de estudiar, y, de otra parte, la motivó su padre, quien era líder de la COCOMACIA, una organización que aglutina los consejos comunitarios del Medio Atrato.



Cuando su pareja se fue a trabajar en la policía, Claudia aprovechó para terminar el bachillerato en la nocturna y su entusiasmo por estudiar hizo que otras personas la invitaran a seguir aprendiendo en otros espacios. Primero estudió etnobiología y luego, teología. Allí conoció a una de las mujeres que marcó su vida, Nubia Castañeda, una profesora que le mostró el trabajo de la Ruta Pacífica de las Mujeres y fue con ella que conoció el feminismo y la articulación de este con la construcción de paz en los territorios:

“ Aprendí que nosotras como mujeres tenemos muchos derechos, que por el desconocimiento no accedemos a ellos, que la lucha en el país no es de quedarnos sentadas cuando tenemos la oportunidad de aportar a la construcción de la paz ”

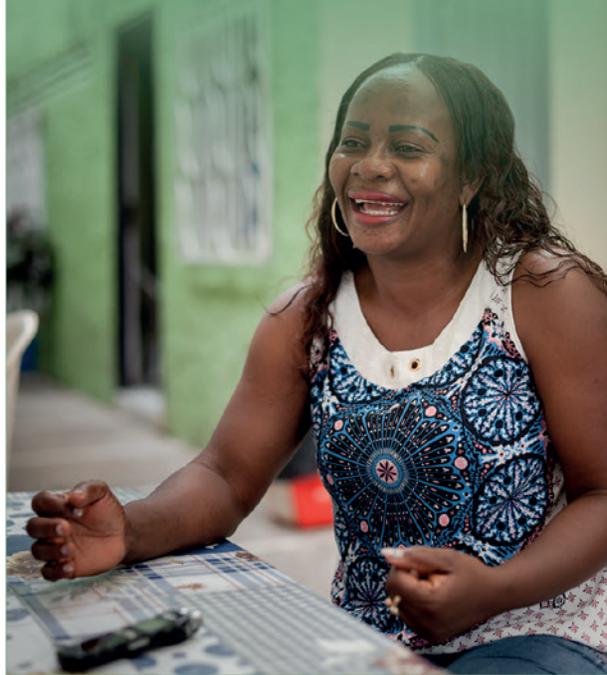
Al tiempo, en la universidad comenzó a trabajar con las Seglares Claretianas y fundaron el grupo Monte y Selva, que acompañaba su profesora en la zona norte del Chocó. En el territorio el conflicto empezaba a escalar. Las mujeres sufrieron sus impactos, muchas tuvieron que abandonar el campo, desconectarse de la siembra y de la pesca.

“El conflicto comenzó a agudizarse en el departamento del Chocó y en 1997 empezaron a llegar las víctimas de desplazamiento a Quibdó, las mujeres tuvieron que salir de su territorio y eso fue llevando a que las prácticas de agricultura, de pesca que llevaban las mujeres se tuvieran que transformar porque les tocó vivir otra realidad. Llegaron a las ciudades de cemento, a los municipios donde no tenían la posibilidad de sembrar, de pescar, eso fue ayudando a que la economía de las mujeres fuera quedando en bancarrota, esto llevo a que muchas mujeres no tenían cómo brindarle la educación a sus hijos e hijas y hoy es el resultado de lo que estamos viendo en el municipio de Quibdó”.

“(…) las mujeres tuvieron que salir de su territorio y eso fue llevando a que las prácticas de agricultura, de pesca que llevaban las mujeres se tuvieran que transformar porque les tocó vivir otra realidad”.

El conflicto armado tiene impactos desproporcionados sobre la vida de las mujeres negras, los grupos armados se valen de las condiciones de vulnerabilidad para perpetrar actos de violencia sexual, reclutamiento de sus hijos menores de edad y el desplazamiento forzado de sus territorios.

A la par con la acción en la Ruta Pacífica de las mujeres en un territorio sitiado por la guerra, Claudia se vinculó a una cooperativa de pescadores y pescadoras en la que estaba con la familia de su esposo, que se había dedicado toda su vida a comercializar pescado. La cooperativa permitía enlazar a las personas con diferentes tareas en la cadena de comercio de la pesca para lograr que no se perdiera la pesca.



“(…) buscar una vida libre de violencias contra las mujeres también implica embarcarse en apuestas como la defensa y protección del río, los peces, la vida y el territorio”.

“Comercializábamos el pescado en el San Juan, a municipios que debido a la minería perdieron los peces. La minería acabó con todo en Nóvita, Itsminia, Tadó, Condoto. A todos estos municipios el pescado se les llevaba del Atrato. Era una fuente de ingresos y sostenibilidad económica bastante fuerte, quienes los pescaban, las señoras que los arreglan y los que lo comercializábamos, pero donde llega la minería acaba con la riqueza hídrica, entonces se fue escaseando. Una arroba de bocachico que hace unos tres, cuatro años valía entre dos mil y cinco mil pesos, máximo diez mil, vale hoy cuatrocientos o quinientos mil pesos”.

La cooperativa se debilitó porque el pescado comenzó a escasear, la minería no permitía que la subienda fuera, como decían los pescadores, exitosa. Ante estas realidades su análisis resalta cómo las mujeres articulan diversas apuestas en sus luchas, evidencia cómo buscar una vida libre de violencias contra las mujeres también implica embarcarse en apuestas como la defensa y protección del río, los peces, la vida y el territorio.

Desde sus actividades en la Ruta Pacífica de las Mujeres, como en su día a día, Claudia transmite su saber y apoya a las mujeres de su departamento. Aprendió a ser sorora, a acompañar a las mujeres en sus dolores y a dar elementos desde el autocuidado y la movilización por los derechos.





Cuenta Claudia:

“Para mí, ser de la Ruta, ha sido una de las cosas más significativas que me han sucedido porque me ha ayudado realmente a formarme como persona y esto ha permitido que aprenda lo que es sorora, que es el apoyo de una mujer a una mujer, lo que es sentir el dolor de la otra, escuchar a la otra, porque por tantos prejuicios sociales y culturales a las mujeres no nos han enseñado a escucharnos ni a solucionar nuestros conflictos a través del diálogo, he aprendido que el camino violento no nos lleva a la solución de ningún conflicto”.

A las mujeres negras que han sobrevivido a la violencia armada les resulta más difícil reponerse de sus efectos, pues estos se cruzan con las exclusiones históricas y el racismo. Es por esto que muchas de ellas, con bajos niveles de escolaridad y con la pérdida de las fuentes de su economía rural, al llegar a los centros urbanos debían vincularse a trabajos asociados al cuidado de otras casas y familias.

El desplazamiento lleva a que las mujeres afrocolombianas sufran varias formas de discriminación que se suman a las padecidas por el hecho de ser mujeres. Los testimonios recibidos por La Relatora de las Naciones Unidas indican que las mujeres afrocolombianas desplazadas padecen de actos de racismo y estigmatización por parte de las comunidades receptoras, y son ridiculizadas, así lo registra la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) en su informe *Las mujeres frente a la violencia y la discriminación del conflicto armado en Colombia* (2006).





En el Chocó muchas mujeres que fueron víctimas del conflicto llegaron a realizar labores en espacios domésticos, en casas de familias quibdoseñas; otras han salido a la calle a buscar su sustento. Es con estas mujeres que trabaja en la Ruta Pacífica en donde se contempla lo diverso que es ser mujer y se apuesta por el reconocimiento de los otros y por la sanación desde el cuidado y el cuerpo:

“En la Ruta las personas van aprendiendo a reconocer que somos diferentes, que no todas tenemos porque pensar lo mismo, hablar y actuar de la misma forma, tener la misma pigmentación, el mismo partido político, la misma opción sexual, sino que desde la diversidad debemos respetar al otro y a la otra. Entonces el movimiento enriquece, toda mujer que realmente se mete en la Ruta Pacífica, es un ser humano diferente que realmente siente lo que siente el otro ser humano y se pone en el zapato de él cuando le toca. Y aprendemos a ceder, a sanarnos, porque cuando guardamos odios, rencores, envidias, nos enfermamos, nos hacemos daño”.

Pese a esto, las mujeres negras del Chocó además de la reivindicación por sus propios cuerpos han sostenido esfuerzos por el sostenimiento de las familias tanto económica como emocionalmente. Claudia resalta cómo las mujeres negras han trabajado para sostener a sus familias y cómo a partir del esfuerzo que han emprendido en sus labores cotidianas han logrado reponerse de los daños causados por la guerra y el desarraigo:

“Las mujeres negras con el sudor de su frente, sin importar que les toque de sol a sol salir con la ponchera a vender el plátano, el banano, lo que sea. Gracias a muchas madres que, lavando ropa, vendiendo en la plaza de mercado bocachico, vendiendo en las carretas, en las poncheras, lograron que sus hijos e hijas salieran adelante”.





Teresa Casas

Esta quibdoseña llegó al camino de la Ruta recorriendo primero muchos otros donde aprendió del valor del trabajo colectivo y comunitario y reconoció el compromiso por su tierra.

Teresa recuerda que fue en el tiempo de la crisis del 96 y 97 que de la mano de los Claretianos empezó a involucrarse en todo el trabajo de apoyo y acompañamiento a las víctimas de desplazamiento que empezaron a llegar a la ciudad provenientes de Riosucio, Turbo, Apartadó y el Medio Atrato.

De la mano de Rafael Gómez comenzó a trabajar en el Centro Cultural Mamaú, este y la FUCLA, donde se formó como teóloga con especialización en Intervención Social, fueron escuelas importantes en la formación de Teresa. Allí aprendió del compromiso con la gente junto a la doctora Alicia de la Torre, aprendió a pintar con Justa Victoria Sánchez, la Seglar claretiana que la animó a hacer parte del grupo de seglares Monte y Selva y continuar la pregunta por la teología desde la conexión con las realidades de su pueblo.

Al igual que la experiencia de algunas de sus compañeras de la Ruta, el encuentro con mujeres lideresas en ese camino de formación fue fundamental para llegar a la opción de vida que propone la movilización de la Ruta Pacífica. Recuerda especialmente el encuentro con Nubia Castañeda. Ella era docente de la FUCLA, allí Teresa recibió clases como “hermenéutica femenina”, un espacio que recuerda como “toda una revolución”. Desde ese momento Nubia se convirtió en una maestra de la vida y de su mano comenzó a apoyar el trabajo con las víctimas que se encontraban en el Coliseo de Quibdó reclamando una atención digna para la población que llegaba desplazada todos los días de forma masiva. En ese acompañamiento a hacer talleres, a reunirse y reconocer a las personas que llegaban a su ciudad, fue claro que era necesario continuar un trabajo para rechazar enfáticamente la guerra y apostar por otros caminos lejos de las armas. En ese momento se abrieron las puertas de la Ruta Pacífica de las Mujeres. Su primera movilización, recuerda, fue como un ritual, duro, emocionante, pero que la marcó para siempre.



Teresa cuenta “Mi primera movilización fue a Bogotá, y yo quedé emocionada. En el 2002 hicimos varias acciones en el Medio Atrato, fuimos a Bojayá, en el retorno. A esa movilización de Bogotá, la mitad era, por decirlo así, víctimas del Coliseo directamente, y la otra mitad éramos parte estudiantes o población civil que nunca habíamos estado en una situación como esas. Pues para mí también fue algo temeroso porque yo nunca había salido de mi casa así, mi mamá a pesar de que yo tenía un niño de dos años, pues mi mamá no me dejaba salir así, pero de todas formas me dejó participar. Fue algo muy duro porque nos tocaba desplazarnos de aquí hasta Medellín, cuando eso se echaba 12 y hasta 24 horas por esta carretera, eso fue horrible, nos tocaba salir de madrugada para poder llegar temprano a Medellín. En Medellín nos encontramos con las otras mujeres, y salíamos y cambiábamos de buses.

Siempre se hacían unas acciones simbólicas, y todo ese proceso de hacer unas acciones simbólicas en la calle como plantones, con pancarta, yo nunca había salido a la calle con una pancarta y gritando arengas, no sé qué las mujeres... y yo emocionada. Y de Medellín salimos hacia Bogotá con las mujeres de Bogotá, y llegamos en un panorama de que nos demoramos más de la cuenta en la carretera, cuando llegamos a Bogotá ya la movilización estaba en la calle, nos tocó que vestimos en el bus sin bañar, andábamos sin comer nada, y nos vestimos en el bus y el bus nos dejó cerca de donde iba la movilización, y fue coger todas las pancartas, todo lo que llevábamos, los afiches, y de una vez meternos a la movilización. Y apenas terminaba la movilización, apenas terminaba el acto público, era salir corriendo otra vez a buscar el bus para regresarse a Medellín.

Un poquito difícil, pero a la vez también entendí un poquito pues como la situación en ese entonces de escuchar, de gritar, de ver mujeres que directamente habían pasado por un conflicto, de verlas como con esas ganas de gritar, de decir lo que sentían en ese momento, y yo decía dentro de mí ‘Ay yo no soy capaz de decir una cosa de esas, ay yo no soy capaz de hacer tal cosa, ay esa mujer’, yo decía que de pronto en unos años más adelante yo sea capaz de pararme en una palestra en la plaza pública y gritar así como lo está haciendo tal señora, pero ahorita no soy capaz, y así. Desde ahí quedé como más enamorada de todo este proceso, y desde ahí, siempre he estado aquí al servicio de todas las necesidades de la regional Chocó que no son fáciles, al servicio de estas mujeres que a veces no me dejan dormir, pero bueno...”



Teresa pasó varios años dividiendo su tiempo entre las apuestas de la Ruta Pacífica y su trabajo en la FUCLA, hasta que en el 2008 decidió quedarse de lleno en la oficina de la Ruta. Actualmente plantea que entre los principales retos que tienen está el tema de la paz, trabajar por la implementación de los acuerdos, el reconocimiento de las violencias de género y las afectaciones que han vivido las mujeres en medio de la guerra. El trabajo se divide entre las tareas administrativas en la oficina y los viajes para capacitar a funcionarios públicos, colectivos y organizaciones de mujeres en todo el Chocó.

Teresa reconoce que uno de los valores que ha aprendido en la trayectoria con la Ruta ha sido el de trabajar de modo articulado. En el presente la Ruta hace parte de un colectivo de más de 18 organizaciones en Quibdó que se articulan para enfrentar situaciones que afectan la vida y el cuerpo de las mujeres. En días simbólicos como el 8 de marzo, el 25 de noviembre, el 9 de abril, el día por los derechos humanos, se unen para hacer acciones públicas y visibilizar la situación de las mujeres en la ciudad de Quibdó y la región. Ese trabajo conjunto ha sido clave para garantizar la presencia de las mujeres en espacios como la Mesa de Paz y Seguridad, la apuesta por un Acuerdo Humanitario en el Chocó y otros como la Sentencia T-622 que declara al río Atrato como sujeto de derechos.

Las movilizaciones de la Ruta continúan hasta hoy y son una de las apuestas que articula las mujeres de diferentes regiones. En 2017 la movilización nacional se realizó en la ciudad de Quibdó. Fueron más de 2000 mujeres que se concentraron en la ciudad que como dice Teresa “después de casi 15 años la movilización de la Ruta regresó a Quibdó”. En este encuentro se visibilizó la crisis humanitaria que sigue viviendo hasta hoy el Chocó, la continuidad de los desplazamientos forzados, los bombardeos, las amenazas y muertes de líderes y lideresas.

“Actualmente plantea que entre los principales retos que tienen está el tema de la paz, trabajar por la implementación de los acuerdos, el reconocimiento de las violencias de género y las afectaciones que han vivido las mujeres en medio de la guerra”.



Juana Mosquera

Napipí es un corregimiento de Bojayá, allí vivía Juana con sus seis hijos y su esposo. Los días pasaban en medio de la cocina, la siembra y los trabajos con la madera. En el campo no se sufría hambre y casi todos tenían su techo, o como dice Juana donde echarse a dormir.

Juana sobrevivió a la ola de violencia previa y posterior a la masacre de Bojayá, los días estaban mediados por la presencia de diferentes ejércitos y los oficios cotidianos se transformaron, hasta que un día no aguantó más y decidió irse a Quibdó.





Napipí, fue el lugar utilizado como retaguardia por la guerrilla de las FARC-EP en ese pasaje doloroso que fue la masacre de Bellavista, esto significó para sus pobladores que días después de la confrontación, la fuerza pública y los paramilitares generaran presiones sobre los pobladores, víctimas civiles que murieron y diferentes oleadas de desplazamiento forzado. Según el Centro Nacional de Memoria Histórica en el informe *Bojayá. La guerra sin límites*:

“Lista en mano, los paramilitares procedieron a desaparecer y a asesinar a quienes acusaban de ser «colaboradores de la guerrilla». Los habitantes de Napipí recuerdan entre las primeras desapariciones la de Marcial Mosquera, comerciante de la región, y la de un joven a quien conocían como «Dominguito» (2010, pág 42)”.

Juana tuvo que dejar todo lo que tenía en su tierra, pues los paramilitares no permitían que las personas se fueran de Napipí porque según ellos la gente salía a contar lo que estaba sucediendo en el pueblo. Esa fue la primera vez que Juana perdió una casa, ya que en retaliación a su huida los armados la destruyeron.

Cuando llegó a Quibdó no tenía dónde vivir, la recibió un familiar y comenzó a trabajar aseando las casas de familias quibdoseñas. Con el dinero que le pagaban ahorró para tener de nuevo una casa, compró un lote y juntó palos de guayacán. Días después consiguió los plásticos para resguardarse con sus hijos.

Las mujeres negras llegan con sus familias a Quibdó huyendo de la violencia, pero como en otras ciudades receptoras, los barrios a los que arriban son lugares empobrecidos donde también se han asentado desmovilizados de guerrillas y paramilitares. La mezcla de la precariedad económica, la convivencia con personas que fueron formadas para la guerra sumado a los intereses de diferentes actores armados en este departamento, hacen que los sitios a los que llegan no sean entornos protectores, sino que deben enfrentarse a nuevas formas de violencia.

Llama la atención, en el caso de Quibdó, la articulación entre la violencia rural pasada y la violencia urbana reciente, que ocurre en los barrios y en su mayoría es determinada por las bandas criminales. Esto tiene que ver con la urbanización del municipio en los últimos 25 años. Si en 1990 la población rural alcanzaba más del 40%, en la actualidad no llega ni siquiera al diez. Esta migración campo-ciudad responde, principalmente, a olas de desplazamiento por la violencia en el departamento, ya sea de alguna de las guerrillas, de grupos paramilitares o de bandas criminales. Estos desplazados, en su gran mayoría, se ubican en la periferia y muchos de los barrios que hoy tiene Quibdó han resultado de esas invasiones, en especial en los extremos norte y sur de la ciudad. Todas estas son situaciones que describen Rodolfo Escobedo y Nadia Guío en el informe *Oro, crimen organizado y guerrillas en Quibdó* realizado para la Fundación Ideas para la Paz en julio de 2015.

“Las mujeres negras
llegan con sus
familias a Quibdó
huyendo de la
violencia, pero como
en otras ciudades
receptoras, los
barrios a los que
arriban son lugares
empobrecidos
donde también se
han asentado
desmovilizados de
guerrillas y
paramilitares”.



En medio de esos ires y venires la familia de Juana comenzó la más dura travesía marcada por la violencia. Primero vivieron en el barrio El reposo, luego en el Minuto de Dios, Roma, Buenos Aires y por último en el barrio Samper. En cada uno de esos movimientos Juana perdía su lugar para vivir, su casa del barrio Samper la dejaron encargada y otras personas la destruyeron, comenzaron a utilizar parte de la madera que formaba los cimientos de la casa para cocinar. Cuando regresaron, tardaron tres días en limpiarla y hacerla de nuevo habitable.

Como si los círculos de violencia se repitieran incesantemente, después de vivir la dura experiencia del destierro en la ciudad de Quibdó su hijo fue reclutado. Un día, un vecino ofreció a su hijo Arcadio ir a Murrí a recoger plátano, pero realmente lo condujo bajo engaño a las filas de la guerrilla de las FARC-EP. Con los días, Juana se enteró del paradero de su hijo y comenzó otro largo camino, el de las puertas de la Diócesis de Quibdó y la Fiscalía con el fin de denunciar el reclutamiento de su hijo, pidiendo que hicieran lo posible para que regresara a casa.

Pasaban los días y Juana seguía su búsqueda incansable. Una noche mientras dormían, los perros comenzaron a ladrar sin razón aparente. Minutos después un vecino llamaba a Juana a los gritos pidiendo que saliera de allí con su familia, pues habían rociado con gasolina su casa de guayacán. De nuevo tuvo que moverse, huir, dejarlo todo para salvar la vida.

Después del miedo, Juana recibió una llamada de su hijo Arcadio.



La llamada

“ Mamá, ¡sálgase del barrio!
¡Usted no puede estar más ahí!

-Ma estoy vivo, me volé con unos compañeros y me entregué al ejército. Estoy en Riosucio.

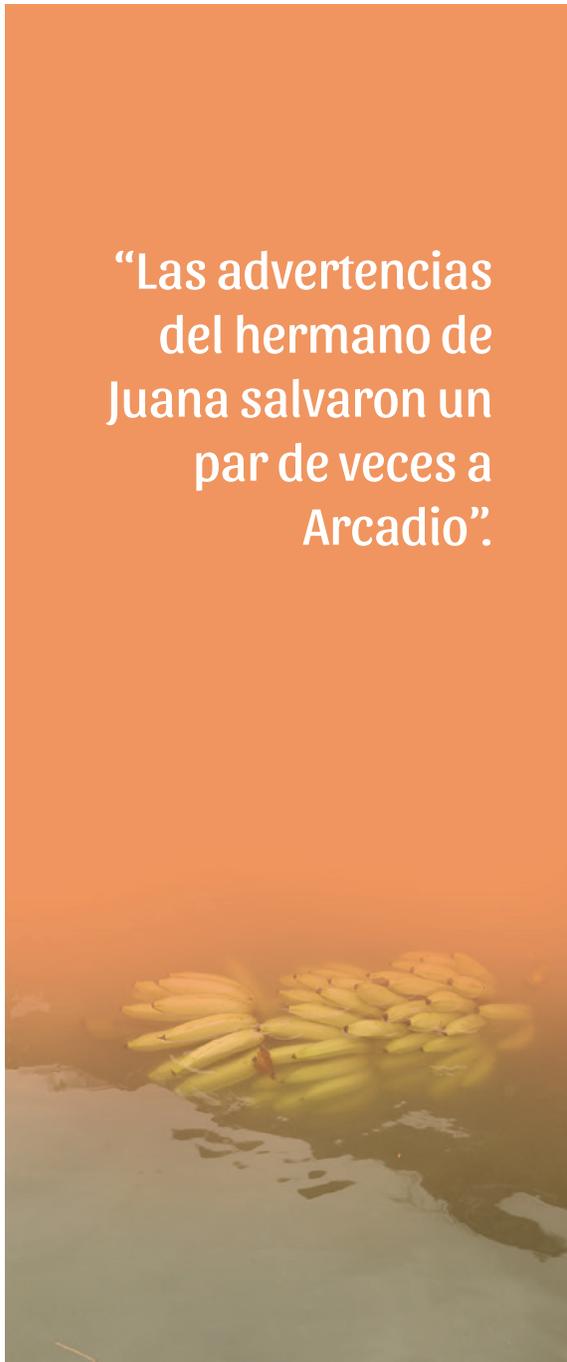
Cuando Arcadio me dijo que me saliera del barrio, sabía lo que me iba a pasar, pero el ranchito era lo único que teníamos.

Con el tiempo llegaron las amenazas. Me decían que sabían yo qué hacía, dónde trabajaba y dónde mantenían mis hijos. Pero yo no los podía encerrar e impedir que estudiaran ”

Mientras eso sucedía en Quibdó, Arcadio se había entregado al Ejército y lo habían enviado a Bogotá, donde se quedaba con un tío.

Las advertencias del hermano de Juana salvaron un par de veces a Arcadio. La primera, fue cuando recibió una llamada, donde lo citaban sin que se identificara quién hacía la cita. El tío le pidió que no fuera hasta no saber para qué era el llamado. Los otros dos compañeros que habían escapado de la guerrilla con Arcadio asistieron a la cita y nunca regresaron.

“Las advertencias del hermano de Juana salvaron un par de veces a Arcadio”.



Días después, el tío de Arcadio decidió regresar la llamada al número desde donde los habían contactado. Le contestaron diciendo que, si conocía a los familiares de los chicos, les dijera que estaban muertos. Algunos días después de esta llamada, Arcadio fue abaleado en su propia casa, en el sur de la ciudad de Bogotá.

“Llamaron a mi hermano y le dijeron que fuera, que su sobrino estaba en la última vida. Dicen que la sangre le bajaba a chorros.

Un paisa apareció, se lo echó al hombro y lo llevó al hospital. Le astillaron un hueso y quedó andando en muletas.

Me dolían las marcas con las que quedó en el cuerpo. Tenía muchas señas en la espalda de los planazos que le pegaban y los golpes con alambres de púas que le daban cuando no quería hacer lo que le mandaban”.

Esa vez sobrevivió, pero después de regresar a Quibdó donde su madre, Arcadio fue asesinado. Un 22 de enero, un amigo lo invitó a pasear, pero lo conducía con destino a la muerte. Le habían pagado para que lo llevara bajo engaño al sitio donde le dieron varios disparos.





Con este dolor Juana comenzó en la Asociación 2 de mayo (ADOM), la Red Departamental de Mujeres Chocoanas y en la Ruta Pacífica de las Mujeres. Empezó asistiendo a talleres de autocuidado y a las movilizaciones de estas organizaciones. Para Juana estas plataformas organizativas han sido la oportunidad de encontrar un lugar con sentido en la ciudad. Sabe de las dificultades que implica organizarse, es muy crítica sobre las posibilidades desiguales que se les ofrecen a las víctimas por parte del Estado para reconstruir sus vidas. Sin embargo, le sigue apostando a su liderazgo como un camino donde imaginar y soñar con otras posibilidades. Hoy el trabajo con sus manos haciendo artesanías en chaquira, macramé y pintura se ha convertido no solo en una posibilidad de sustento, es también un modo de curar sus dolores y encontrar en los procesos creativos sentidos para seguir luchando.

Cuando se le pregunta a Juana por una de las experiencias más satisfactorias de su vida, ella rememora su lugar como gestora y partícipe de La Comisión de Mujeres por la Verdad, una iniciativa liderada en todo el país por la Ruta Pacífica de las Mujeres donde fueron recolectados más de cien relatos de mujeres que habían sufrido la guerra de muchas formas y pudo ver el reflejo de su historia en otras, lo que aviva sus fuerzas pese a tanto dolor.

“De un lado fue tan maravilloso y de otro tan doloroso. Escuchar esas historias que nos ha tocado vivir a las mujeres para proteger la familia. Esos tipos hacían con las mujeres lo que querían, incluso delante de sus hijas. Muchas veces mataron a sus maridos. Sin embargo, después de ese trabajo, muchas hablan con firmeza en los espacios. Sin miedo, con seguridad”.

Para Juana compartir el dolor y reconocerse en la experiencia de otras ha sido un camino que aprendió a transitar en la Ruta Pacífica, un camino que le ha permitido recuperar su dignidad.



Yaila Mena del Pino

Mujer y Vida

Hubo un acontecimiento que marcó la vida de Yaila Mena. En 1998 estuvo con más de siete mil víctimas de la guerra en el coliseo de Quibdó. A finales de los años noventa muchas personas fueron desarraigadas de sus territorios provenientes de diversos municipios del departamento del Chocó.

Este fue un tiempo donde la guerra se recrudeció y las personas tuvieron que enfrentarse a una crisis humanitaria. Sin embargo, en medio de esas situaciones difíciles, unieron sus fuerzas y fue allí donde sembraron las primeras semillas de muchos de los procesos organizativos que aún perviven en el departamento del Chocó.





Frente a la dificultad de emprender la vida en un nuevo lugar luego del despojo y el desarraigo, se fundaron varias organizaciones para el acompañamiento de las víctimas de la guerra. Sin embargo, las mujeres sentían que su liderazgo no era valorado de la misma manera. Había un malestar por el desconocimiento del lugar de las mujeres en esas luchas cotidianas, de ahí surgió la intención de crear una nueva organización, un espacio para las mujeres, para valorar sus saberes, conocimientos, capacidades, voces y experiencias.

Las mujeres, bajo la convicción de la necesidad de defender la vida desde los espacios cotidianos, colectivos, políticos e íntimos, crearon lazos y redes que 10 años después de estar en el coliseo de Quibdó fruto del desarraigo, les permitió tener la fuerza para organizarse de manera autónoma. Es así, que en el 2009 nace la fundación Mujer y Vida, en la ciudad de Quibdó.

Los dos grandes pilares de Mujer y Vida fueron Asociación de Desplazados del Chocó (ADA-CHO) y la Ruta Pacífica de las Mujeres, con quienes han sostenido un trabajo articulado hasta el día de hoy. Es por esto que sus integrantes presentan estas dos organizaciones como centrales para su surgimiento. Yaila cuenta cómo:

“ La Ruta empezó aquí en el Chocó con las mujeres en situación de desplazamiento, empezó primero formándonos a que conociéramos nuestros derechos, todos los que enmarcan los derechos humanos, que conociéramos el valor de ser mujer, que conociéramos para qué estábamos nosotros ahí, por qué la guerra nos había traído acá. pero también nos ayudó a que no nos quedáramos en ese estado de pobrecita, de indigencia, porque allá nos lleva la guerra, a sentirnos que nosotros no valemos absolutamente nada. Pero a través del movimiento Ruta Pacífica, nosotras aprendimos que no, que habíamos pasado por ese hecho pero que podíamos reestablecernos, continuar nuestra vida, empoderar a nuestras familias.

Aquí las mujeres víctimas son unas berracas, venden plátano, en sus poncheras venden pescado, trabajan en construcción, y sus hijos estudian y salen adelante, eso es algo muy sagrado, nos hemos empoderado políticamente, las mujeres ya no somos las mismas que llegamos al Coliseo hace más de veinte años, ya no somos las mismas. Las mujeres hemos aprendido, las mujeres han estudiado, terminaron su bachillerato, una carrera profesional, bueno, cursos en el SENA, hemos logrado mucho

”

“Aquí las mujeres víctimas son unas berracas, venden plátano, en sus poncheras venden pescado, trabajan en construcción, y sus hijos estudian y salen adelante, eso es algo muy sagrado, nos hemos empoderado políticamente”.



Sisma Mujer y la Ruta Pacífica de las Mujeres fueron asesoras claves para animar el nacimiento de un proceso organizativo que pretendía reconocer el derecho de las mujeres a organizarse y a decidir por ellas mismas. El principal objetivo de la fundación actualmente es la defensa de los derechos humanos de las mujeres víctimas y en situación de desplazamiento. En Mujer y Vida se promueve la autonomía económica y el empleo a través del restaurante Los Sabores de Mi Tierra, la despulpadora de fruta, proyectos de producción de implementos de aseo Vivienda Saludable y a través de la elaboración de artesanías. No es fácil emprender en Quibdó, pero siguen luchando por su espacio de liderazgo y autonomía, y promoviendo el relevo generacional a partir de procesos de formación de niños y jóvenes.

En la actualidad Mujer y Vida está conformada por 80 mujeres madres cabezas de hogar, mujeres que quedaron viudas, que perdieron sus hijos y sus tierras, no pudieron seguir con sus profesiones, pero hoy siguen luchando para no ser nuevamente víctimas de las violencias que vive la ciudad de Quibdó. Llegaron de muchos rincones del Chocó: del Baudó, Lloró, Bagadó, Riosucio, Neguá, Bojayá, del Urabá antioqueño y chocoano.



“En Mujer y Vida no aprende una sola persona, en Mujer y Vida el proceso va como en relevo, hay mujeres jóvenes, otras más adultas, otras más chiquitas. Y también entran nuestros hijos varones, y aprenden otras cosas, aprenden a ser hombres diferentes, ahora por lo menos estamos trabajando un proceso de Igual a Igual para empezar con la juventud porque hay mucha violencia aquí en Quibdó y nos están matando muchos jóvenes, y también nos están encarcelando muchos, tanto hombres como mujeres. La ventaja que tenemos es que nosotras trabajamos en alianza, nunca hacemos las cosas solitas”.

Bibliografía

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2010). *Bojayá. La guerra sin límites*. Bogotá, Colombia: CNMH.

Comisión Interamericana de Derechos Humanos (18 de octubre de 2006). “Las mujeres frente a la violencia y la discriminación derivadas del conflicto armado en Colombia”. Recuperado de: <http://www.cidh.org/countryrep/ColombiaMujeres06sp/IV.htm>

Escobedo, R. y Guío, N. (Julio de 2015). *Oro, crimen organizado y guerrillas en Quibdó*. Bogotá, Colombia: Fundación Ideas para la Paz. Recuperado de: <http://cdn.ideaspaz.org/media/website/document/55b94e00763eb.pdf>



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá



Fundación
Universidad
de Antioquia



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**



